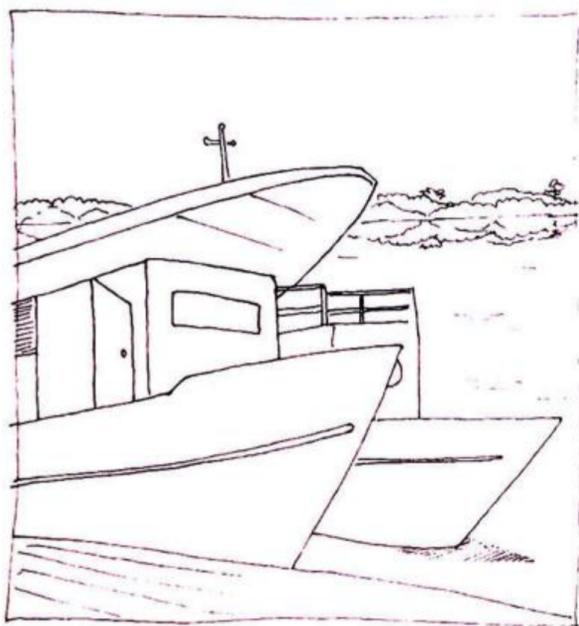


lado del jardín y seguir como si no hubiera pasado nada. En este viaje interior en el que Carlos Framb deja participar al lector (¡gracias!) suceden muchas cosas: se tiembla, se suda, se llora, se renuevan votos, se deshacen esquemas falsos... Los alegatos del autor frente al suicidio como alternativa son contundentes y, por lo menos en lo que a mí respecta, ¡oh! liberación, después de haber leído este texto no me queda duda alguna de que la muerte voluntaria es digna para quien se atreva a contemplarla con los transparentes ojos de Luzmila y Carlos.



El libro también es inquietante y liberador porque en el ensayo que incluye el autor hace un recorrido histórico-cultural-filosófico sobre el tema del suicidio. Sus fuentes son: Platón, quien, de acuerdo con Carlos Framb, “pensaba que una enfermedad dolorosa o una desgracia sin salida eran razones justificables para dejar de vivir”; Sócrates, quien no defendía el suicidio a no ser en una “ocasión forzosa”, como la que él mismo vivió; Catón, el Viejo, estadista romano de quien se dice que se inspiró en el relato de la muerte de Sócrates en el *Fedón* para tomar la decisión suicida; Aristóteles, quien, aunque no defendía el suicidio ni lo consideraba valiente, estaba más inclinado a su rechazo por considerarlo un rompimiento del compromiso del ciudadano con el Estado que por cualquier otra cosa; los estoicos que hicieron “del suici-

dio la alternativa más razonable y apetecible cuando la vida ya no era deseada a causa del dolor, de enfermedades o anormalidades físicas”; los epicúreos, quienes “se proclamaban indiferentes ante la vida y la muerte”; los primeros cristianos (y más adelante, en otra parte del libro, Cristo mismo, quien, de acuerdo con la cita in extenso de Giovanni Papini que se incluye, también fue de alguna manera un suicida...); Tomás Moro en cuya *Utopía* estaba autorizada la eutanasia voluntaria; Montaigne, para quien “el dolor extremo o la seguridad de una muerte vil son motivos excusables de suicidio”; John Donne, poeta del Renacimiento, quien escribió el hermoso poema acerca de que ningún hombre es una isla y quien abogó por el suicidio; Bacon, Hume, Kant y, desde luego, los infaltables Schopenhauer y Nietzsche, el más glorioso vitalista de todos los tiempos. El ensayo tan bien documentado es inquietante en su profundidad y liberador en la benevolencia con que aborda un tema que no sólo las iglesias de distintas creencias, sino las diversas sociedades, excepto por pequeños cambios en los últimos tiempos, han condenado de manera tan dura.

Este texto, ya lo dije, “transgénero”, no es sólo un ensayo. Y no es sólo la parte del ensayo la que inquieta y la que libera. Además de la historia personal del autor con su madre que, como lo dijeron los jueces y abogados, remite a un complejo de Edipo no resuelto, afirmación con la que el autor no está de acuerdo, con el libro y en el libro entreveremos la intimidad de un amor asumido sin culpas, y no porque haya insinuaciones incestuosas, sino por la honestidad con la cual el poeta proclama que su madre y su perro son sus seres más amados sin imponerse mandamientos de acuerdo con los cuales todo hombre es una isla y confesar el amor sublime a la madre construye vergonzantes por millares... Pero, claro, desde un punto de vista psicológico, por no decir *psicologizante*, la revelación de la psique de Carlos Framb es inquie-

tante... y, de nuevo, también liberador porque evidencia la valentía de alguien que se asume como lo que es y en lo que es, alguien que afirma su deseo y para quien no resulta nada perverso (y ¡para mí tampoco!) comparar el acto de amor que tuvo con su madre al buscar morir con ella con historias tan conmovedoras como literarias: el suicidio a dos del poeta Heinrich von Kleist y su esposa Henriette Vogel; el de Stefan Zweig y su esposa Lotte Altmann y el de Arthur Koestler y su esposa Cynthia Jefferies, de quienes Carlos Framb recuenta historias que, en definitiva, ayudan a ver bajo otra luz la muerte voluntaria.

Hacia el final del libro, Carlos Framb narra con pormenores lo que sucedió durante su juicio e incluye cartas de sus amigos y para sus amigos y los manifiestos que de alguna manera fueron motivados por la probable condena de Carlos Framb por homicidio agravado, la cual no ocurrió de manera afortunada para él mismo, para sus amigos, para quienes no lo conocemos pero nos unimos a su causa y, muy especialmente, para la sociedad colombiana que ahora tiene que vivir con este precedente de acuerdo con el cual cada quien es dueño de su vida ¡y por supuesto de su muerte!

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

A veces llegan cartas

Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar

Adolfo Caicedo (comp. e introd.)

Siglo del Hombre Editores,

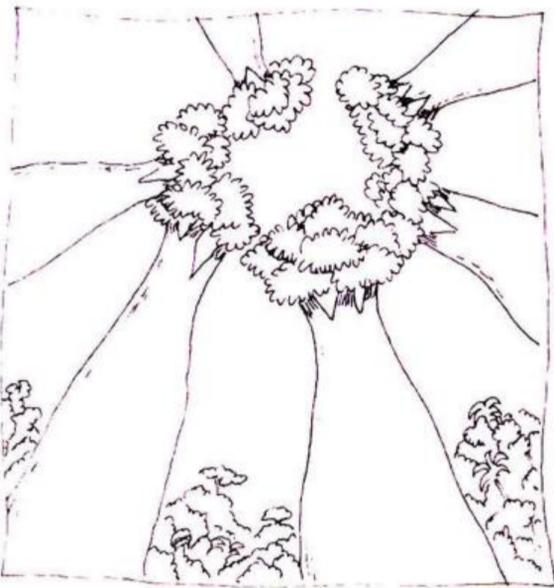
Universidad de los Andes, Bogotá,

2009, 409 págs.

Este libro es un valioso capítulo de la historia literaria colombiana, suscitado por un mexicano ejemplar: Alfonso Reyes (1889-1959). El gran polígrafo no sólo era generoso al responder a quienes le escribían,

sino que preservó sus cartas, en la hoy célebre capilla Alfonsina, y nos enseñó cómo, en muchas ocasiones, la historia intelectual se da no sólo en los libros, sino en el intercambio epistolar. Además la carta revela a quien la escribe, mejor que el ensayo o la reseña bibliográfica. Lo muestra de cuerpo entero.

Tal el caso, por cierto, de algunas de las figuras que más dilatado contacto tuvieron con Reyes, y que aquí quedan, por sí mismos, indeleblemente retratados.



Barba Jacob, para empezar. Anuncia, simultáneamente, un estudio sobre las corridas de toros y otro sobre Jesucristo, una novela, un poema dramático llamado *Los tres caminos* y un libro de versos. Ninguno de ellos verá la luz. Lo consumían los afanes periodísticos, para sobrevivir; y una exaltada retórica, de la cual da buen ejemplo, desde Monterrey, en 1909, al confesarle a Reyes:

Este huracán que sopla sobre mi juventud, y este fuego que me la enciende, y esta locura de florecer antes de la muerte, la alegría trágica de mi corazón, el desconcierto de vivir, las voces secretas, la tormenta de ánimo, todo esto es lo que quiero reducir a versos. [pág. 60]

Ante estas afirmaciones grandilocuentes, la sobriedad sincera de Reyes, en 1931, hablará de cómo “me he conformado con mis límites y me

he entregado con más confianza a mi temperamento” (pág. 82).

Así siempre Reyes, natural y discreto, pero no alejado nunca de la vida literaria, y capaz de mantener con sus escritores de medio mundo (México, España, Francia, América Latina) una invariable gentileza y una cortesía sin fisuras. Ante Germán Pardo García, gerente de una empresa de lucha libre en Bogotá y poeta quisquilloso, quejándose de que ni Gabriela Mistral ni Francisco Luis Bernárdez acusan recibo de sus envíos poéticos. Reyes, infatigable, ofrece disculpas (Bernárdez estaba enfermo en provincia) y atiende fastidiosos requerimientos. Por ello se respira mejor en colegas como Baldomero Sanín Cano y Germán Arciniegas, menos acartonados y más desenvueltos, con quienes se podía incluso discutir sobre las limitaciones del hombre para volar, tema muy propio de la curiosidad infinita de Reyes.

En 1951, Reyes reconoce en Arciniegas “ese entusiasmo juvenil que todavía usted conserva y que yo le envidio” (pág. 247) y el cual da el tono de las muchas cartas que intercambiaron los dos humanistas, viajeros, diplomáticos, profesores y activistas culturales, que además traslucen el afectuoso cariño que los unía y el humor que siempre los distinguió. En 1943, por ejemplo, Reyes le escribe a Arciniegas:

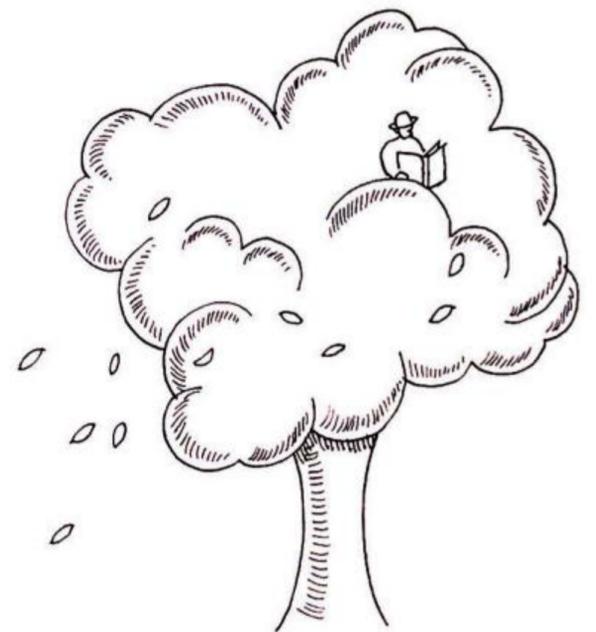
En cuanto tenga un instante libre, le enviaré más libros, con el miedo de enterrar bajo su ominoso peso el ave de su amistad. No dirá Usted que no progreso en estilo metafórico. [pág. 212]

Igual sucede con Arciniegas y sus vehementes iniciativas en contra del comunismo o el falangismo, o “la dictadura de las alpargatas instaurada por el general Perón”. Gozaban y trabajaban sin descanso, unidos en el afecto, hasta el 27 de diciembre de 1959, cuando fallece Reyes.

Otros corresponsales son más parcos, como en los casos de Jorge Zalamea, Hernando Téllez o Jorge

Gaitán Durán, pero en ellos, como en Arciniegas, puede seguirse el curso de las generaciones literarias colombianas y de las revistas y periódicos que siempre requirieron a Reyes, trátase de *El Tiempo*, de las revistas de las Indias y de América, de las Hojas de Cultura Popular Colombiana y *Mito*. A todas ellas las reconoció, en todo participó, a todos envió sus libros, sin claudicar en ningún momento.

Igual en el caso de Rafael Gutiérrez Girardot, quien en su estadía en Madrid comienza a descubrir el horizonte americano gracias a los textos de Reyes, a los cuales dedicaría su primera monografía. También están allí sus sarcasmos fáciles contra Ortega y Gasset a quien califica de “Orteguita”. Los diez tomos de las *Obras completas* (2009) de Ortega y Gasset que publicó Taurus, demuestran lo equivocado que estaba Gutiérrez Girardot al respecto.



Pero en realidad esto es lo útil de una correspondencia bien enmarcada, con anotaciones ilustrativas de Adolfo Caicedo, y la posibilidad de palpar el carácter de cada uno de quienes escribieron estas líneas, las pusieron al correo y aguardaron quizá meses una respuesta que de antemano consideraban valiosa y respetable. Se nota también la simpatía y conocimiento de Reyes de todo lo colombiano, pues como bien le dice Reyes a Arciniegas me siento unido a Colombia, “donde mi primer libro de adolescente (*Cuestiones*

estéticas) encontró su público más numeroso e ilustrado" (pág. 203). De ahí la utilidad de este libro, que nos concierne de cerca.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

Un libro que abre fronteras

Silvícolas, siringueros y agentes estatales. El surgimiento de una sociedad transfronteriza en la Amazonia de Brasil, Perú y Colombia 1880-1932

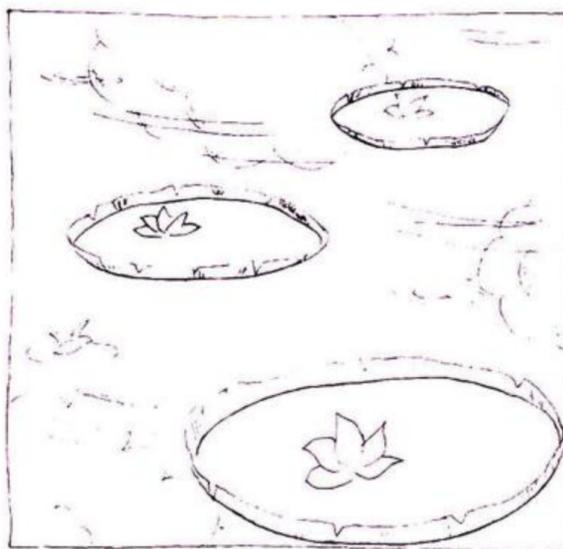
Carlos Gilberto Zárate Botía

Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia, Instituto Amazónico de Investigaciones (Imani), Bogotá, 2008, 428 págs., il., mapas

Las modas posmodernas, neoliberales y globalísticas, las cuales parecieran corresponder a parámetros teóricos y analíticos diferentes, se identifican en un aspecto, que se ha convertido en un lugar común, repetido hasta el cansancio, y convertido casi en un axioma que no necesita demostración: hoy los Estados nación ya no son importantes, están en vías de desaparición y en su lugar se ha consolidado un sistema transnacional, hegemonizado por sujetos desterritorializados. Este supuesto, propio de lo que podemos llamar la Vulgata de la globalización es reiterado por una pléyade de teóricos, que incluyen, entre otros y para nombrar algunos, a Manuel Castells, Tony Negri, Michael Hardt, Renato Ortiz y hasta Mario Vargas Llosa, un novelista que presume de ser sabio.

Este discurso sobre el fin de los Estados y las naciones viene acompañado de una serie de afirmaciones bastante banales sobre el fin de las fronteras, o la constitución de fronteras porosas, la desterritorialización cultural, la desaparición de la geografía y de los territorios, la constitución de una sociedad mun-

dial, la formación de una cultura mundial y el fin de las identidades nacionales. Todos estos presupuestos que refuerzan los intereses estratégicos de los estados imperialistas y de sus mal llamadas Empresas Transnacionales se han convertido en una nueva cruzada ideológica y cultural para desarmar a los pueblos del mundo periférico y dependiente y para facilitar los nuevos proyectos de dominación colonial, que están en marcha en gran parte del mundo.



Si el supuesto que los Estados y las naciones ya no tienen nada que hacer en el mundo de hoy fuera cierto sería difícil de entender el sentido de gran parte de los procesos políticos, económicos y sociales de nuestro tiempo, así como momentos significativos de la historia de América Latina en los dos últimos siglos. En cuanto al primer punto, ¿cómo entender las agresiones de unos muy fuertes Estados contra otros, como se expresa en las guerras libradas por los Estados Unidos y Europa contra Afganistán, Irak, la antigua Yugoslavia, Libia...? ¿Cómo interpretar el aumento de los controles fronterizos y la construcción de muros de la infamia para impedir la entrada de migrantes indeseables, como se ve en Europa, los Estados Unidos o, el caso más aberrante, de Israel, para aplastar a los palestinos? En cuanto al segundo aspecto, ¿será que por la supuesta desaparición de los Estados nacionales en la actualidad deben dejar de estudiarse los procesos contradictorios de formación, siempre parcial e inconclusa, de

los Estados en América Latina? ¿No sería posible asumir el análisis de la forma compleja como en nuestro continente se relacionan múltiples identidades, sean étnicas, regionales, nacionales e incluso, en algunos casos, transfronterizas? ¿Qué nos pueden decir los procesos históricos para entender la situación contemporánea de los Estados Nación?

Justamente, con respecto a todas estas cuestiones la investigación histórica aporta importantes elementos de análisis que nos permiten cuestionar todos esos lugares comunes de la Vulgata planetaria que se ha impuesto sobre el supuesto fin de los Estados y de las naciones. Por tal razón, adquiere gran importancia un estudio como el que ha realizado el investigador Carlos G. Zárate Botía y que en buena hora ha publicado la Universidad Nacional, en su sede de Leticia.

Para empezar hay que decir que el autor del libro que comentamos ha vivido durante algún tiempo en la región amazónica, lo que le ha permitido tener un contacto directo y vivir las experiencias cotidianas de los habitantes de ese límite transfronterizo, en el que se comunican cultural, económica, y espacialmente tres países: Brasil, Perú y Colombia. Porque, en efecto, lo singular del trapecio amazónico radica en la confluencia de varias fronteras de tipo material y simbólico, que el autor denomina como un espacio transfronterizo. Al análisis de la forma como se configuró dicho espacio el autor dedica su investigación que se centra en el periodo comprendido entre 1880 y 1932, cuando empieza a notarse con más fuerza la presencia en la región de los tres Estados, aunque con diferentes niveles, proceso que está asociado al auge exportador del caucho, un término genérico e impreciso que hace alusión a la exportación para beneficio del capitalismo central de diversas clases de gomas elásticas, indispensables para la consolidación de la segunda revolución industrial, asociada a la aparición del automóvil.

Hay que decir que Zárate Botía realiza su trabajo de investigación